

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquiya sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL CADÁVER DE ESPAÑA.

Otro colaborador á la *Unidad*, es decir otro enemigo franco que con sus desembozados ataques manifiesta la índole de la lucha y no puede menos de sublevar á los mas tibios católicos obligándolos á acogerse á nuestra bandera, se nos presenta hoy en el Sr. Castelar, que en la sesion del 7 torturando la historia y abusando de su amanerada diction y plástica elocuencia, soltó el dique de su represado encono contra la abandonada religion de sus padres. Bien es verdad que desde que la táctica de sorpresas y emboscadas se ha convertido en declarada guerra, abundan tanto y tan mortales los retos que apenas hay ya ninguno que tenga el privilegio de escitar la alarma ó el escándalo, y que no hay fuego por vivo que sea que pueda añadir luz, aunque siniestra, á lo grave del peligro y á lo encarnizado del combate. Si hubieran de consignarse en las columnas de este semanario cuantos errores, por no decir blasfemias, brotan diariamente de la prensa ó se lanzan desde la tribuna, ni una línea quedaria á disposicion de la verdad.

El Sr. Pi y Margall nos anunció solemnemente que el catolicismo habia muerto; ahora el Sr. Castelar ha averiguado que el muerto es la España, y que el matador ó por lo menos el ocasionador de su muerte es el catolicismo. «Somos un gran cadáver que se estiende desde el Pirineo hasta el mar de

Cádiz porque nos hemos sacrificado en aras del catolicismo.» Tétrica está, como si se nutriera en los cementerios, la imaginacion de nuestros regeneradores!

Pudiera advertirse al Sr. Castelar con el mas escelente de los periódicos satíricos, que si la España es un cadáver él tiene que ser un gusano, y preguntarle con qué derecho calumnia el gusano al cadáver de que se alimenta. Pudiera recordársele con el mismo que en 1808 el cadáver vivia aun, (cosa que no negará mientras no llame hazaña póstuma la del 2 de Mayo,) que en 1812 empezó España á ser sacrificada en aras de la revolucion, y supuesto que hoy la encuentra cada- vérica, conjurarle á que espese quien la ha muerto. Valor moral no les faltaba seguramente á nuestros antepasados, no le faltaba á la nacion que en siete siglos de batalla, reconquistó palmo á palmo su perdido suelo, que descubrió y sometió un nuevo mundo, que dominó con sus armas y con su política la Europa, que *engarzó* (segun espresion del orador demócrata, mas brillante que de buen gusto) *el mar como una esmeralda en sus sandalias y el sol como un diamante en su corona*, que apenas hace medio siglo dió á las demás naciones subyugadas la primera señal de resistencia contra el *invencible*. ¿Cuándo pues y de qué manera se ha perdido el valor moral? Lo dijo el mismo orador: «en nuestros disturbios, en nuestras luchas políticas, á consecuencia de la crisis religiosa que atra-

viesa nuestra patria.» ¿Y quiénes lo han perdido? «los que en ellas figuran.» ¿Y en qué se reconoce? «en que no saben morir por sus ideas, ni arrostrar los peligros de las grandes catástrofes, ni empujar las revoluciones á su seguro puerto.»

Tiene razon: no han destruido bastante, les ha faltado decision para sumirnos en el fondo del abismo. Pues habrán de decidirse con valor ó sin él, por el órden ó la revolucion, por el catolicismo ó la impiedad; pero no morirán, negociarán entre uno y otro, porque se necesita fé para saber morir. Valor moral! ¿no les oís acusarse todos los dias mutuamente de resellados, de tránsugas, de emisarios vendidos, de traidores, y, lo que es peor, no les veis justificar todos los dias estos tremendos cargos? La posteridad al hablar de ellos no tiene mas que recoger las páginas en que unos á otros se retratan. Tiene razon el señor Castelar: la España, políticamente hablando, no es hoy mas que un cadáver, un hediondo cadáver.

¿Pero tiene la culpa la Iglesia á la que unánimes combaten? la tiene el catolicismo? Sí, como la tiene el alma de la disolucion del cuerpo del cual se la ha desalojado á viva fuerza? Mas no está desalojada aun de los miembros todos, y á los que todavía nos sentimos por ella vivificados nos toca dar muestras de ese valor moral que tanto echan de menos entre sí los adversarios, y de que tan insigne ejemplo, innegable para ellos mismos, nos dá nuestro santo pontífice y nos darán con el auxilio de Dios nuestros pastores.

Muéstrelo enhorabuena el Sr. Castelar en abandonar la religion *bajo cuya influencia nació* y que *aceptó despues por sentimiento* y por *contemplaciones de familia*, y en rasgar el velo con que aun en el secreto de su casa encubria *el fondo de su conciencia*: triste valor que al parecer lamenta no sea mas general, y que le ha faltado á él mismo durante muchos años. Nosotros tendremos el valor de conservarla, pese á quien pese y cueste lo que costare: decida cualquiera para qué se requiere hoy dia mayor fortaleza, si para ser fieles ó para ser apóstatas. El Sr. Castelar desea que

cada español pueda elegirse su religion, que ande en busca de un Dios con tanta honra y tan buen éxito seguramente como anda hoy España en busca de un rey, Dios sin dogmas ni preceptos como rey sin atributos. De no encontrarlo á suprimirlo por innecesario no vá mas que un paso y bien corto; el que vá de la monarquía democrática á la república, de la libertad de cultos al ateísmo. Y si no hay deberes donde no interviene la eleccion propia, ¿qué deberes nos ligan con la patria y con la familia, que por cierto no hemos elegido? ¿Por qué así como la religion, no ha escoger cada uno la moral que es la parte de ella mas importante, y deslindar lo justo de lo injusto conforme á su capricho y á su interés? *Principios de eterna moral grabados en el fondo de la conciencia humana!* ¿Y no son y se han hecho mas controvertibles que los dogmas desde luego que se cierra el Evangelio ó cesa de custodiarlo la autoridad de la Iglesia?

«No tenemos ciencia; dice, somos un miembro atrofiado, no hemos descubierto una nueva idea en la conciencia ni un nuevo planeta en el cielo.» Hay aquí sobra de modestia; ¿qué otra cosa que ideas nuevas sobre conciencia y sobre derecho está desenvolviendo la regenerada España ante la asombrada Europa? qué son sino nuevos planetas, astros de primera magnitud los que ván apareciendo á favor de las tinieblas en nuestro cielo político y literario? De estas glorias no reclama la Iglesia parte alguna para sí, ni tampoco nosotros para nuestra patria; harto sensible nos es *tenerlas que aceptar sin haberlas elegido*. Puede contentarse la España católica con las glorias de lo pasado, sin remorderle la conciencia de haber inmolidado ninguna á su catolicismo. A Servet no le quemó la inquisicion, le quemó en Ginebra Calvino: Blasco de Garay y Luis Vives murieron como buenos católicos tranquilos y respetados. ¿Dónde están los grandes pensadores que echamos á la hoguera? dónde sus obras? de los que allí perecieron, ninguna conocemos; de los que emigraron por disidencia religiosa, pocas docenas y muy oscuras podria citar el mas diligente bibliófilo. Y aun

agregando á estas las glorias posibles de Espinosa, de Israeli y otros descendientes de judíos españoles que han brillado en otro suelo, y que sabe Dios lo que hubieran sido en nuestro perezoso clima meridional, ¿son para contraponer á las positivas é inmortales, compatibles con *la hoguera*, compatibles con la intolerancia, que poseyó España cuando vivía ó cuando era ya *cadáver*? Si lo cree así el señor Castelar, que para realzar las imaginarias no repara en deprimir las verdaderas, tómese las unas, y de buena gana nos quedaremos con las otras.

En Roma no halló el orador republicano sino recuerdos degradantes para nuestra patria; pero hay viajeros que todo lo vén por el cristal de su antejo, hay gustos é instintos para formar donde quiera panales de miel y para formar donde quiera bolitas de estiércol. En Sto. Domingo no ha sabido ver sino al fundador de la inquisición, en S. Vicente Ferrer un demagogo católico cuya fanática elocuencia costó una vez la vida á tres mil judíos. Es un anacronismo que todavía no he bien visto rectificado en el parlamento ni en la prensa. La matanza de los judíos en Toledo, además de otras muy sangrientas que hubo antes en 1355 y después en 1449, fué en 5 de agosto de 1391, por los mismos días y en combinación al parecer con las de Córdoba y Sevilla, promovidas por el sedicioso arcediano de Ecija Fernán Martínez á quien se castigó, y con las de Valencia, Barcelona y Mallorca que espionaron en el suplicio algunos de sus autores. La predicación del apóstol valenciano en la antigua corte de los godos, ora fuese en 1405 ora en 1411 como juzgan otros, no hizo sino entusiasmar á los feligreses de Santiago del arrabal, que revolviendo sobre la sinagoga despojaron de ella á los judíos y la hicieron consagrar en templo bajo la advocación de Sta. María la Blanca. Pero entonces no corrió sangre ni se sabe que cayese una víctima siquiera, tal vez por mediación del mismo santo que años atrás había salvado tantas en Valencia del puñal homicida, y cuya humanidad en defenderlas igualó constantemente á su celo en convertirlas. Y he aquí lo

que es la historia en boca del catedrático de historia de la universidad central!

En el siglo XVI el Sr. Castelar se pone de parte de todos los enemigos de España contra España, á favor de Holanda, de Bélgica, de Inglaterra; y quién juzga así lo pasado ¿por qué no había de obrar de un modo análogo en lo presente, tan desprendido como está de la estrechez del patriotismo? Solo así se concibe que un español haya podido exclamar en el seno de un parlamento nacional: «Oh! no hay nada más *espantoso*, más *abominable* que aquel inmenso imperio español, que era un sudario que se extendía sobre el planeta.» Por más que repugne es de preferir esta franqueza: es mejor que revindicar, como se hace á cada paso, unos triunfos y unas grandezas debidas á hombres y á principios que se rechazan con horror; es mejor que proclamarse herederos de los que se maltrata como á detestables enemigos. Pavía, San Quintín, Lepanto! ¿qué tienen de común estos recuerdos con los que titulan el *hombre más grande de Europa* á Garibaldi? Y esa lengua hecha para hablar con Dios, la lengua de Granada, León, Cervantes y Lope de Vega ¿qué tiene de común con los que no la emplean sino en ultrajar lo más sagrado, con esos pigmeos que se quejan de hallarse estrechos dentro del círculo donde se desarrollaron aquellos gigantes? Raza espúrea, estraña á las creencias, á los sentimientos, á las leyes, á las costumbres, á las artes, á los monumentos de la que por aberración de la naturaleza tienen por patria, razón tienen hasta cierto punto en tomarla por cadáver: cadáver debe ser cuando así es arrastrada, juguete de los que para volverla en sí de su postración tratan de matar lo único que le dá vida.

«Veinte mil sermones de semana santa para llamar réprobos á los diputados, clero blanco que no sabe más que oprimir, degradar, envilecer, clero ignorante de frailes que apenas sabe recitar la salmodia, embrujamiento de reyes y reinas, perros y perras, ballenas de tantas arrobas de aceite, fetos podridos!» Qué cuadro, Sr. Castelar, qué cuadro! diré aplicándole las palabras del sacerdote Gago. Qué

sublimidad de pensamientos; qué aticismo y qué sabor tan clásico en la espresion! el estilo no será *híbrido*, pero en cambio es Churriguera puro. Día vendrá en que se comprenderán menos aun los triunfos literarios que la importancia política del Sr. Castelar.

Hay que exceptuar el último rasgo de su discurso de rectificación, que años ha saben de memoria sus admiradores por ser su *aria de fuerza*; el contraste entre el Dios de Siná y el del Calvario que no tiene bastante *valor moral* para eliminar. Elocuente estaba, sí, y parecía hablar en causa propia y excusarse á sí mismo y á sus amigos cuando decía: Padre, perdónalos, *porque no saben lo que hacen.* J. M. Q.

ULTIMOS DISCURSOS DEL SR. CASTELAR.

No frunzas el ceño, lector querido, al ver que el presente artículo desdice algun tanto del tono que en este periódico domina. Dispénsame siquiera por esta vez tu indulgencia, que no siempre el arco ha de estar tendido.

Hay cosas que son de suyo bastante serias, y unos las tratan á fondo con toda gravedad y otros superficialmente con cierta sonrisa. Cuestion de temperamentos.

Cosa bastante seria son unas Cortes, y mas si son constituyentes por añadidura, y al leer el extracto de sus sesiones unos se entusiasman y palmotean, otros se incomodan y refunfuñan, y otros tan solo se encogen de hombros y sonrien.

Y ¿cómo no sonreirse oyendo al Sr. Castelar que califica de *patron Araña* al Dr. Mata, y al Dr. Mata que dice del Sr. Castelar que parecia un *catedrático de obstetricia*?

Hallándonos como nos hallamos en el período de gestacion de una nueva *Carta*, aquel enrevesado vocablo no puede menos de traer á la memoria el consabido refran de *mala noche y parir hija*.

El *pico de oro* de las actuales Cortes habló de fetos podridos, y esto prueba que si el Sr. Castelar no tiene muy buen gusto que digamos, tiene en cambio muy buen estómago para digerir el pan de la revolucion y no ceder á súbitas é intempestivas revoluciones.

Y ya que de buen gusto se trata, conviene guardar como oro en paño aquello de «la nacion que

engarzó el mar como una esmeralda en sus sandalias,» para que los adustos y quisquillosos preceptistas no saquen mas á colacion al blanco toro de Europa.

En los campos de luz paciendo estrellas. Para belleza de imágenes aquella de los padres que vomitan su hiel sobre la frente de sus hijos, y para exactitud de conceptos el de que Napoleón I restauró el catolicismo solamente porque hacia este esclavos á los hombres.

Y de aquí lo de llevar «impresa sobre la carne la marca de una religion,» como en Francia sucede con los criminales condenados á presidio.

Dijo el Sr. Castelar que la unidad religiosa en una sociedad es una utopia.

Utopia suele llamarse un proyecto halagueño, plausible; de no dudosa conveniencia, pero que se considera irrealizable: una teoria que se quisiera y no se puede reducir á la práctica. La conservacion pues de la unidad religiosa en España tiene todas las ventajas de la utopia, y la prueba de ser realizable es que por espacio de siglos se ha realizado.

Y ¿qué diré del pasage de la ballena «que es un animal tan grande, que tiene tantas arrobas de aceite, y no tiene sin embargo ni un átomo de sentimiento religioso?»

Es preciso confesar que esto encierra un gran chiste, y que cuando el Sr. Castelar la da por chistoso hay que apretarse los hijares para no desternillarse de risa.

Escuchadle sino cuando pregunta: «¿en qué sitio del valle de Josafat va á estar en el dia del juicio el alma del Estado que se llama España?»

Qué tal? Y eso que el Sr. Castelar no cree en el valle de Josafat, ni en el dia del juicio universal, ni, á lo que parece en el juicio particular de los circunstancias que le oian y aplaudieron á rabiarse.

Y el Sr. Castelar con toda su historia acuestas, no se acordó entonces de aquel orador griego, que al oír el rumor de grandes aplausos, dudó si se le habria escapado alguna tontería.

Pero qué tontería, ni qué ocho cuartos. ¿Por qué ha de ser religioso el Estado que no tiene alma?

¿Por qué ha de ser justo el Estado que no tiene alma?

¿Por qué ha de haber moralidad en el Estado que no tiene alma?

¿Por qué ha de ser inteligente el Estado que no tiene alma?

Verdad es que la inteligencia se suple con el instinto... en las bestias, y bestia es la ballena, y el Estado es lo mismo, mismísimo que una ballena, que

es un animal tan grande y que tiene tantas arrobas de aceite &c. &c.

Y ese otro chiste de la aceptación voluntaria de la religión ó de la metafísica ó de la moral que cada individuo tenga en su conciencia. ¿Pues si el Estado no ha de imponer ni cohibir esta aceptación voluntaria, si no puede impedir ó castigar las manifestaciones de la primera, ¿en qué razón ha de fundarse para hacerlo con las de la última?

Muy torpes y desmañados serán en adelante el adúltero y el asesino que cogidos *in fraganti* desde luego no echen mano á la muletilla de que obraban según el dictámen de una moral que habían aceptado voluntariamente. Y coja una linterna el señor Castelar para ir averiguando si en los recovecos de sus conciencias se encuentran ó no los justificantes de sus fechorías.

Dijo S. S. que dos ideas habían sido imposibles, una nación para todos y una religión para todos; ¿por qué, pues, ha de haber una moral para todos? Cómo, dónde, cuándo se ha visto una moral universal é independiente de todo criterio y de toda sanción religiosa? Y si esta no puede existir más que en los sueños de cabezas destartadas, ¿cuál es la moral que ha de establecer las limitaciones á que se refiere el artículo 21 de la constitución futura?

Ninguna religión, ni gobierno, ni academia, ni congreso deben arrogarse el derecho de formularla. Y eso de que los cristianos de la raza semítica adoran á Dios, y apenas se acuerdan de la segunda y tercera persona de la Sma. Trinidad, ¿es chiste ó ignorancia del catecismo?

Donde pica muy alto el Sr. Castelar es en erudición é historia. Se me objetará que en todo el Nuevo Testamento no se halla el testo: *Nihil tam voluntarium quam Religio*, atribuido por él á san Pablo; pero yo contesto que el Sr. Castelar sigue la opinión de fray Gerundio de Campazas, y si S. Pablo no dijo esto podía haberlo dicho y nadie le quitó que lo dijese.

De Tertuliano aseguró que había muerto en el molinismo. ¿Sectario de Miguel de Molinos ó partidario de las opiniones del P. Luis de Molina? Uno y otro florecieron más de mil trescientos años después de la muerte de Tertuliano.

El Sr. Castelar quería decir montanista; pero ni lo dijo en su discurso, ni puso esta corrección entre las muchas y notables que hizo al imprimirlo en el *Diario de las sesiones*.

En cuanto al grande Orígenes no sería de todo punto imposible que el Sr. Castelar hubiese tomado el rábano por las hojas, y cogiendo al vuelo alguna

reminiscencia de sus variadas lecturas, se hubiese referido á otro Orígenes, filósofo platónico, que escribió un tratadito acerca de los demonios, y que no fué rechazado de la Iglesia por la sencilla razón de no haber pertenecido á ella.

¿Y qué extraño sería que confundiese al inmortal apologista de la religión cristiana con su homónimo el obscuro panegirista de Galieno, el que en la sesión del 17 confundía tal vez á Toledo con Lisboa, y un sermón con un fenómeno físico, y achacaba la culpa de un triste y horrendo caso á quien hacia ya años que había bajado al sepulcro?

Pero dado que fuese cierto, que no lo es, que los desbarros de Orígenes consistiesen únicamente en haber negado el dogma del infierno y el dogma del diablo, ¿esta negación deliberada y persistente constituye ó no una herejía? ¿Cree por ventura el señor Castelar que la Iglesia hace y deshace dogmas á su antojo? ¿Qué se puede escoger en ellos como entre peras?

A qué pues esa vehemencia tribunicia contra el Sr. Manterola, como si de este dependiera la ortodoxia de aquel escritor insigne? No sabe el Sr. Castelar que solo son espulsados de la Iglesia aquellos que antes voluntariamente se han marchado? No lo sabe por su propia experiencia el que se ha gloriado de ser un tráfuga del catolicismo?

Si como creo el Sr. Castelar tiene algo de sangre valenciana en sus venas, no deja de ser chocante su iniquia contra S. Vicente Ferrer, atribuyendo á la eficacia de un sermón suyo predicado en Toledo una matanza de tres mil judíos.

Por de pronto me parece que dicho señor no paga contribución por los céros que emplea.

¿Cree por ventura el Sr. Castelar, que, por ser catedrático de Historia en la Universidad central, está ya facultado para hacer de la Historia mangas y capirotos?

Aquellas horribles atrocidades acaecieron en 1391 y 1449, S. Vicente estuvo en Toledo en 1405, en Mallorca en 1413, poco después pasó á Francia y allí murió en 1419. Con que saquen ustedes la cuenta.

Y ¿de dónde ha sacado el Sr. Castelar que san Vicente contase á los toledanos la historia ó la fábula del niño asesinado? Para justificar tales asertos bastan las pruebas salidas únicamente del magín de los oradores?

Si Sermones hay impresos, ó por mejor decir, planes ó bosquejos de sermones que se atribuyen al santo valenciano, ¿los ha leído el Sr. Castelar? Pues ¿por qué no entresacó de ellos siquiera algunos testos que respondiesen á su propósito?

¿O temia que le sucediera lo que le ha sucedido con la encíclica de Inocencio III, que resultó después ser una sencilla epístola y que deja sin probar lo que S. S. afirmaba?

Niega el Sr. Castelar que el catolicismo haga visibles y rápidos progresos en Inglaterra y en los Estados Unidos. El Sr. Castelar se tiene sin duda por muy elocuente. Tanto se lo han dicho! y yo no se lo niego; pero, ignora acaso que hay una elocuencia superior á la de su señoría, y que ésta es la elocuencia de los guarismos?

Y qué peregrinas observaciones las del señor Castelar!

Para demostrar que en otros tiempos las bestias de carga eran tenidas en mayor estima que los criados y esclavos, cita el inventario de un monasterio y hace notar el orden con que estaban continuados sus bienes. Primero, dice, ponian varios objetos, luego cincuenta yeguas, y después treinta moros y veinte moras.

Siguiendo su argumentacion ha de inferirse que á tales yeguas eran preferidos aquellos objetos que no se nombran, alguno de los cuales tal vez no valdria diez cornados.

Mas yo pregunto ahora, y permítaseme la impertinencia: Y si en otros inventarios encontrásemos los moros antepuestos á las yeguas, entonces ¿en qué quedaríamos?

Sin duda no es una sino muchas é inapeables las causas que han influido para que en la actualidad el protestantismo domine en las naciones del norte y el catolicismo en las del mediodía; pero el señor Castelar y otros filósofos de su laya resuelven este problema por la ley de razas, que no se yo si es una especie de ley del embudo.

Hay en Europa cuatro razas fundamentales, que son como si dijéramos los cuatro palos de una baraja.

Pero, si los ingleses son protestantes únicamente por ser de raza germánica, es preciso convenir en que desde S. Agustin el monge hasta Enrique VIII, la raza no se trasfundia de padres á hijos, puesto que durante ese largo intervalo la Inglaterra fué católica hasta el punto de ser llamada *la isla de los santos*.

Y si por dicha el catolicismo llegase con el tiempo á ser la religion de la gran mayoría de los ingleses, entonces seria preciso confesar que de la noche á la mañana la raza germánica se habria transformado en latina.

Si fuese yo un alumno del Sr. Castelar le preguntaria: A qué raza pertenecieron los pictos y

scotos en Inglaterra, los longobardos y ostrogodos en Italia, los suevos y visigodos en España? Por qué razón los descendientes de los normandos son protestantes en la Gran Bretaña, y católicos en Francia y en Sicilia?

Pero valdria mas preguntarle: Si el catolicismo encaja tan bien con las ideas, aspiraciones y caracteres de la raza latina, y de raza latina son los españoles; ¿entonces á qué viene ese descabellado y malévolo intento de protestantizarlos?

Válame Dios, y qué grandes disparates dicen los grandes hombres!

— Porque eso sí, el Sr. Castelar es un grande hombre. Los matemáticos saben que las ideas de grandeza y pequenez son ideas relativas, y el Nicolásillo de *La Corte de Buen Retiro* seria un segundo Goliath, una especie de gigante Malambruno en el pais de los liliputienses. T. A.

Copiándolo del *Diario de las Sesiones*, empezamos hoy la insercion del discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Antonio Monescillo, obispo de Jaen, en los dias 13 y 14 del corriente al discutirse en su totalidad el proyecto de Constitucion presentado al actual Congreso. Tan propio de este lugar nos parece la brillante defensa de la unidad católica, hecha por el eminente prelado, que no vacilamos en reproducirla íntegra apesar de su estension, y apesar de que no es posible ya causar una agradable sorpresa á nuestros lectores que en su mayor parte habrán saboreado tantas y tan esquisitas bellezas. Grande y legítimo es el triunfo que ha conseguido el Sr. Monescillo al confirmar desde sus primeras frases la bien sentada reputacion que le precedia, al levantar una voz que ha sido de gran consuelo para todos los católicos, al conquistar para la Iglesia un lauro inmarcesible. Su simpática figura, su voz suave, su acento persuasivo subyugaron á su auditorio, y, quién sabe las profundas emociones que despertó en el pecho de sus mismos adversarios? Escuchábanle éstos con religiosa atencion y ni los de la Cámara, ni de la tribuna, ni de la prensa, le han escaseado sinceros aplausos. El obispo de Jaen hiriendo las fibras mas delicadas del sentimiento religioso, alzándose en medio de los diputados como el eco de la conciencia nacional, sin mas armas que la caridad y la fé, derramaba el bálsamo suave de la esperanza sobre las heridas que la impiedad habia abierto en el corazon del pueblo español.

DISCURSO DEL SEÑOR MONESCILLO.

Empiezo, señores diputados, dando gracias al señor Ochoa que ha tenido la bondad de cederme la palabra, y también al Congreso si se digna prestarme su atención, porque este discurso empieza a deshora, fatigada ya la Cámara, debilitado yo y no en buen estado de salud. Sin embargo, ruego a los señores diputados que me escuchen con benevolencia, y creo que me dispensarán si no soy todo lo exacto, todo lo preciso, todo lo justo que debo ser en un debate que ahora empieza para mí y que parece que ha de terminar con este mi discurso.

Verdaderamente, al leer el proyecto que discutimos, lo primero que me ocurrió decir fue: ¡cosa grande, cosa magnífica, aspiración verdaderamente nobilísima de parte de los señores de la comisión!

Por cierto se extrañará que teniendo yo la palabra al parecer en contra, haga este elogio del trabajo de la comisión; todo lo merecen: la fatiga que se ha tomado para concluir este trabajo verdaderamente penoso, es digna de los mayores elogios; siento que no se halle presente el señor Mata, a quien especialmente me dirijo con esta observación: no ya ocho días, ni ocho años creo yo que serían bastantes para dar por concluido un trabajo de tanta consideración; yo también extraño mucho que hayamos entregado estas cuestiones tan trascendentales para el país a una que me permito llamar, sin ofensa de nadie, verdadera improvisación. Y a este propósito, debo advertir al señor diputado que nos ha honrado a los Prelados considerándonos como los consultores de la comisión (sintiendo mucho la ausencia de este sitio del señor Cardenal Cuesta, que en este momento es una verdadera desgracia para mí), que nosotros no hemos sido tales consultores: los señores de la comisión no necesitaban consultores: los señores de la comisión no necesitaban nuestra consulta, ni aun siquiera nuestro consejo. Quiero hacer brevemente la historia de nuestra llamada al seno de la comisión.

Se dignaron estos señores contar con los Prelados, no con ánimo ciertamente de consultarlos, pero sí de oírlos: los oyeron en efecto, y esté tranquila la Cámara: yo ruego a los señores del banco de enfrente (la izquierda) a los señores de la derecha, a todos, que son mis hermanos, que son españoles, que tengan la generosidad, que tengan siquiera el sentimiento de la justicia que siempre les distingue, y me hagan a mí la de creer que les voy a decir la verdad: estén tranquilos y satisfechos todos los señores diputados; podéis todos estar seguros de que los Prelados no han tenido ni la más mínima influencia en el proyecto que se discute: los señores de la comisión nos han oído con deferencia, sí, con respetuosa consideración; pero, señores diputados, nos han despedido también con mucha política. No aparecen en el proyecto ninguna de las consideraciones que nosotros hicimos sobre él: los señores de la comisión tienen la bastante independencia, y yo respeto la independencia de todos los hombres, porque yo también soy independiente, y recuerdo a este propósito lo que decía San Pablo: *sivis romanus sum*. (Muestras de aprobación); también yo soy ciudadano romano, yo que me precio de ser ciudadano español, reconozco esta independencia, esta noble, esta santa, esta gloriosa independencia de los señores de la comisión.

Los Prelados han agradecido las atenciones de la comisión, como han agradecido las atenciones de toda la Cámara y del Gobierno provisional. Jamás, lo declaro altamente, y creo que con esto contraigo méritos para que se me crea, nunca en los ocho años que llevo de Prelado he recibido tantas atenciones del Poder como desde que se estableció el Gobierno provisional. ¿Os basta esto, señores diputados? ¿Reconocéis en mí la buena fe? (Muestras de adhesión.) Yo tengo el consuelo y además la satisfacción de que los señores de la comisión han visto mi corazón en la mano. ¡Ojalá que lo vierais vosotros también! (Bien, bien.)

Pues bien, señores, empezaba diciendo que parecería extraño que yo tuviera palabras de alabanza para la comisión: ¿y cómo no tenerlas? A ello me obligan las palabras que preceden al proyecto de Constitución. Yo dejo, señores para vosotros todo el mundo, el gobierno del país, la administración de la justicia, la formación y aplicación de las leyes, en las cuales pudiera yo también tomar parte porque soy ciudadano español; pero como esto es solamente un preliminar para la cuestión que más directamente nos afecta, lo dejaré a un lado; con tanto mayor motivo, cuanto que os considero fatigados, y yo lo estoy también; como podéis conocer por mi voz debilitada al cabo de una larga vida de tristes historias llenas. No estoy pues para semejante fatiga, en términos, que aun para el trabajo que me propongo llevar a cabo, no se si me bastarán las fuerzas. Por dicha, los señores de la comisión me han facilitado la tarea. Les doy por ello gracias. Sí, señores diputados, os aseguro que mi discurso está hecho en el trabajo de la comisión con las breves palabras de la misma. Oid, señores diputados, y os vuelvo a suplicar vuestra atención. «La nación española, y en su nombre las Cortes Constituyentes, desean restablecer la justicia, afianzar su libertad y la seguridad y desenvolver la prosperidad en bien de cuantos viven en España.» ¡Qué nobilísimo intento el de la comisión! Esa es vuestra aspiración, es la mía, esa es la de todo el que siente la justicia y la equidad: nunca le agradeceremos bastante a la comisión este arranque de nobleza y de verdadera rectitud de miras: ¿quién no querrá ir a donde la comisión le quiera llevar? ¿Quién no querrá establecer la justicia, afianzar la libertad y la seguridad, y desenvolver la prosperidad en bien de cuantos moran en España? Señores, establecer la justicia, ¡cosa santa, cosa grande, cosa admirable!

¡La justicia, que levanta las naciones, en la cual se asientan los tronos, en la cual se apoyan los tribunales; el sentimiento de todos los corazones, el sentimiento también de todas las almas cristianas, única y verdadera fuente del derecho! Pero, ¿establecer la justicia, señores de la comisión? ¿Qué se dirá en los países extraños, qué se dirá fuera de aquí, en la calle, en los pueblos, en la discusión de todos los días? ¿Se dirá que no había justicia en España? Que venimos a establecer la justicia: ¡ojalá la establezcamos! Yo hubiera dicho, y cuidado que hay personas notabilísimas en la comisión, y muy entendidas en letras y en toda especie de conocimientos, y hubiera dicho más bien que era nuestro ánimo, que era nuestro propósito consignar y declarar dónde estaba la justicia; que nuestro ánimo era buscarla, porque la justicia no procede de nosotros, es anterior a nosotros, precede a nuestras Constituciones: la justicia

soberana sería entonces prenda segura de nuestra justicia.

Vais á estrañar, señores diputados, y va á estrañar el pueblo que me escucha, lo que voy á decir: yo no temo los escándalos cuando son la gloria del género humano, cuando son la gloria de la personalidad humana. ¿Querreis creer que yo tambien vengo del campo de la libertad? Vosotros direis: ¿y cómo viene este obispo del campo de la libertad? ¿Cómo? Cuarenta años hace discutiendo, cuarenta años hace definiendo, cuarenta años hace argumentando en el periódico, porque yo tambien he sido periodista, pobre periodista, miserable periodista; he venido del campo de la libertad, peleando sin cesar en el periódico, en el libro, en el folleto, en la controversia. No he disimulado ninguna clase de argumentos, no sé si he respondido á todos, porque no me considero con capacidad suficiente para ello; pero yo os aseguro que lo he procurado, que vengo del campo de la libertad, y que tal vez el haber vivido en el campo de la libertad, de la discusion, de la enseñanza, de la controversia, el haber vivido entre hombres de todas clases, ha hecho que una persona que debiera ser desconocida por su insignificancia haya llegado á estos bancos, y sobre todo lleve una mitra que es indigno de llevar.

Vengo, pues, del campo de la libertad y no temo la libertad; yo quiero la consagracion de las libertades, pero no quiero la impunidad de la culpa ni del pecado; y digo pecado, porque lo mismo en lo criminal que en lo moral, el pecado, como el delito y la falta leve, en la trasgresion, es un apartamiento de la ley: por manera, que al hablar de una trasgresion cualquiera, sea crimen ó sea falta, puedo llamarle con el nombre genérico de pecado. Este pecado lo tenemos todos. ¡Ah, con qué hermosa frase lo decia mi querido amigo, pues le amo de todo corazon, el señor Moret: «hay una culpa comun á todos!» Y en efecto, yo veo que todos estamos inficionados de esa culpa comun; y cuenta que ahora no hablo del pecado de origen.

¡Qué desgracia para vosotros, entendimientos generosos, qué desgracia para vosotros, corazones magnánimos, qué desgracia para mí el vernos en diversos campos, unos que piensan de una manera, otros que pensamos de otra! Y cuando somos intolerantes unos respecto de otros, y la intolerancia está en habernos dividido, ¿no es verdad que con dolor señalamos á unos bancos en escision con otros y que con profundo pesar hacemos mil apartes? Pues bien, cuando los partidos son intolerantes y se escluyen, no queramos que la verdad sea tolerante y que se amase con el error. Yo pienso, señores, que lo que es permitido para aquellas cosas en que los hombres somos falibles y podemos engañarnos, no debemos pasarlo á las altas regiones de la revelacion, de los misterios, de las grandes cuestiones trascendentales, y bien sabeis vosotros á qué llamo cuestion trascendental.

Mi antigua escuela decia que una de las propiedades trascendentales era el *unum*, la unidad. ¿No es verdad esto? Yo no comprendo la variedad de religiones; si todas son iguales, no hay ninguna religion: voy á decir sinceramente cuál es en esta materia el pensamiento cristiano, cuál es el pensamiento pagano, cuál es el pensamiento político, y al llegar á este punto, será cuando entre á examinar el proyecto de Constitucion.

Oigo á un pagano, gloria de la elocuencia y de la lite-

ratura, quien acercándose ya al cristianismo, habiendo visto los primeros albores de la luz, de esa luz magnífica que irradia de Nuestro Señor Jesucristo, decia á los que andaban dando culto á diferentes dioses: «dejaos de locuras, dejaos de insensateces: *aut Deus non est, aut unus est*; ó no hay Dios, ó es uno. ¿No es verdad, señores diputados, que hiere la grandeza de este pensamiento? *Pluralitas Deorum nulitas Deorum*: á pluralidad de Dioses, nulidad de Dioses; á pluralidad de religiones, nulidad de religiones.

Ved, pues, por qué yo vengo á apoyar la unidad religiosa, porque creo que si todas las religiones son falsas, no hay moral verdadera; la moral se asienta en la religion. No es un argumento *ad terrorem* el que os hago á vosotros que teneis el ánimo muy levantado, á vosotros á quienes nada os espanta ni aterra, como no me aterra ni espanta á mí, que no vengo del campo del miedo; es un argumento que hago á la conviccion, á vosotros mismos, cuando os digo: el día en que proclaméis que no hay religion, habremos de decir: no hay moralidad, no hay moral.

Señores diputados, nosotros estamos aquí en virtud de un pacto moral; ved el pacto que han hecho conmigo mis electores, mis paisanos, los manchegos, de quienes yo no me acordaba, como ellos tampoco se acordaban de mí para nombrarme su representante; solamente podia acordarme de ellos para vender esta capa, y esta capa no era de mis paisanos, era de mis diocesanos. (*Bien, muy bien.*) Pues bien: oid compañeros míos, oid: ¿sabeis lo que me han dicho mis electores, mis paisanos, los manchegos? «Señor obispo, hay necesidad de que usted vaya á las Cortes.» El obispo no contestaba, el obispo no sabia si debía venir, si podia venir, si habia inconveniente en que viniera. El obispo tuvo la franqueza de decir en letras de molde para que nadie pudiese dudarle: «Mi presencia en el Congreso podrá ser conveniente, pero podrá ser tambien perjudicial.» En la época en que el obispo lo dijo, ya comprendereis, señores diputados, cuánta prudencia encerraban sus palabras. En todas las cartas que tengo, y que pasan de 200, instándome á que aceptase la diputacion por la provincia de Ciudad-Real, me dijeron mis paisanos: «Señor obispo, vaya Vd. á la Asamblea Constituyente á defender la religion, á defender la unidad católica.» Y yo decia para mí: han perdido el juicio los sesudos manchegos. ¿En qué piensan los hombres llamados de la antigua alianza? ¿En qué piensan aquellos hombres encanecidos que parecian no tener participacion en los negocios del país, puesto que ahora me eligen para defender la religion y la unidad católica?

(*Se continuará.*)

ASOCIACION DE CATÓLICOS.

La conferencia que dará D. Miguel Coll Pro. en la iglesia de San Cayetano hoy á las siete y media de la noche, versará sobre *La libertad humana explicada filosóficamente*.